



RETRATOS.-

OLEGARIO LAZO

Texto y Fotos de GERMAN EWART

PESAR de sus cuentos y novelas, que suman siete volúmenes, Olegario Lazo es, ante todo, oficial de caballería. Para él la literatura fue la prolongación de la carrera militar por otros medios. Gracias a sus libros pudo seguir cabalgando cuando Dragón, Águila y Nariz dejaron de acompañarlo y el celeste uniforme de capitán partió al rincón de los recuerdos.

Toda historia contiene algún momento que a la postre resultará decisivo y determinante. Remontémonos a la Quinta Normal de Concepción en los primeros años de este siglo.

Una angosta pasarela, erigida a seis metros de un suelo duro como la roca, se extendía a lo largo de cincuenta metros. Su ancho era de apenas cuarenta centímetros. Ante el asombro del público que colmaba las tribunas, cuatro clarines montados iniciaron la travesía del estrecho puente. Tras ellos, el alférez Lazo y dieciocho dragones.

Estaba por completar el trayecto cuando un papel, "un misero papel escapado del canasto de un muchacho tortillero e impulsado por el viento de la tarde", espantó al caballo que, con su jinete, cayó al vacío.

El animal murió momentos más tarde. El hombre, roto su uniforme, sabie y espuelas, yacía desvanecido. Mientras una copa de coñac le revivía, fue examinado por el cirujano del regimiento, que no podía convenecerse de que estuviera vivo.

Ante el asombro de todos, el alférez se levantó, montó otro caballo y, esta vez, solo, cruzó el asfalonado puente.

Este accidente, posteriormente descrito en su breve cuento "El Milagro", fue decisivo en la carrera de Olegario Lazo, el militar y el escritor. Durante ocho días no pudo hablar en voz alta, ni toser. Luego volvió a sentirse bien.

El ejercicio de la pasarela no prestaba utilidad militar. Se ideó para impresionar a los espectadores. Si de mí hubiera dependido, no lo habría ordenado porque ofrecía un peligro para caballos y jinetes. Pero como era joven, me gustaba afrontar el peligro y sentir estas impresiones. Entonces no le tenía miedo a nada.

Sólo años más tarde, en 1917, hicieron crisis las heridas internas causadas por aquel episodio. Delgadísimo, con sus riñones y estómago caídos, apenas podía alimentarse. No tuvo otra alternativa que retirarse del ejército.

Mal de salud y decidido de ánimo, no se adaptaba a la vida de pascano. Tras un descanso de algunos meses en el sur, regresó a Santiago. Un día al oír los tonos de una banda, se asomó y vio pasar un regimiento de caballería con sus lanzas afiladas y gallardetes tricolores. Se emocionó tanto que no pudo resistir y entró, triste y cabizbajo, cerrando tras de sí la puerta que daba al balcón.

Su esposa comprendió lo que sucedía. Le dijo:

—Los recuerdos reviven el pasado. ¿Por qué no los escribe? El se quedó pensando. Había tantas cosas que contar. ¿Qué tema elegiría? Y surgieron las palabras: "A pie, entre dos dragones montados, las manos atadas a la espalda, perseguido por la mirada vengativa de muchos vecinos, entré al pueblito de Tucapel, centro de sus sangrientas correrías. No tenía aún treinta años."

Así comienza "Honor de Soldado", el primero de los Cuentos Militares.

Sin accidente y sin carrera truncada, ¿habría surtido su nombre? Es posible pero no muy probable.

En 1961, pocos meses antes de cumplir los 83 años, Olegario Lazo recibió el diploma de Miembro Honorario de la Academia Chilena de la Lengua. Dijo:

—Nunca imaginé que en vez de las bordadas palas de general recibiría esta investidura.

Escuela Militar

Nació en San Fernando, una de cuyas calles lleva ahora su nombre.

Al triunfar la Revolución del 91 vio cómo un grupo de gendarmes, impagados varios meses, salió a la plaza con sus rifles, disparando a tonos y a locas y amenazando con saquear el pueblo. Olegario, entonces un muchacho de 13 años, vivía a cuadra y media. Salí para ver qué pasaba y muy pronto retorné a casa "para contar el cuento a mi familia", en lo que bien podría denominarse una retirada estratégica.

Pasó el tiempo y un día llegó a San Fernando el Regimiento de Húsares. El joven no había visto nunca un regimiento de caballería. Se entusiasó tanto que aquel mismo día resolvió entrar a la Escuela Militar.

Su padre, el hacendado Fidel Lazo, se opuso. En todo caso prefería la Escuela Naval, que "ofrecía más porvenir". Con él solidarizaron los hermanos mayores. La madre no quería nada con las fuerzas armadas, fuesen de mar o de tierra. Podían matar a su hijo.

Estaba fresco aún el recuerdo de las miles de balizas de la batalla de La Placilla.

Más que todos, los argumentos pudo la decisión del muchacho. Obtuvo la autorización y el dinero necesarios, pero su padre se negó a movilizar influencias para asegurar su ingreso. Olegario aceptó el trato: —Yo quería caballos y no buques. Lo demás no importaba.

En 1896 entró a la Escuela Militar. Habían llegado los cien oficiales alemanes que reorganizaban el ejército chileno. Günther von Below era teniente instructor y el mayor von Biberstein, director de la escuela.

Entre los compañeros de Lazo se contaban Carlos Ibáñez del Campo y Marmaduke Grove.

Grove en esos días ya tenía inquietudes sociales. También, un talento para las matemáticas del que Lazo carecía. Una vez le salvó un examen del complicado ramo, haciéndole llegar las soluciones de los problemas por la ventana.

—¿Sabes era "serio e inteligente", pero retratado. Hablaba poco. Era muy buen jinete. Recuerda Lazo: —Una vez me libró de casarme. Me dijo: "Eres muy joven y no sabes en la que te vas a meter."



Lazo obtuvo calificaciones que le permitían pasar de curso sin apuro. El último año fue buen alumno. Por sus notas, tuvo el derecho de elegir arma y regimiento.

Ejército

Optó por los Dragones de Curicó. Le encargaron una sección de 22 jinetes y caballos y los instruyó tan bien que durante cuatro años ganaron los premios más importantes en los concursos de Santiago. El alférez Lazo fue "considerado sin disputa el primer jinete de caballería en el Ejército de Chile". ("El Nacional", Iquique, 22-IX-1903)

Estuvo en varios regimientos. Entre ellos, en los Húsares de Tacna. Siguió ganando concursos de equitación. Conoció la pampa y muchas veces le fueron encargadas misiones que en realidad correspondían a oficiales de graduación más alta. También de teniente segundo, hizo un curso de un año en la Escuela de Ingenieros Militares.

En 1910, mientras viajaba en tren de San Bernardo a Santiago, conoció a Sara Jarpa Gana. Se casaron en 1912, cuando fue comandado al Ejército Austro-Húngaro. El viaje a Viena por el Estrecho de Magallanes y Hamburgo, duró 30 días. En Viena nació Oscar, el primer hijo del matrimonio, que falleció en 1940, a los 27 años.

Regresó a Santiago en 1914, po-

co antes de estallar la guerra, después de profundos estudios que abarcaron desde fábricas de municiones hasta los criaderos de caballos en Hungría.

Producto de ese viaje fue el libro "Reproducción y Remonta Caballar" que publicó en 1913. En el ejemplar que obsequió a su esposa escribió:

Gerente y Cónsul

Tras su retorno del ejército con el grado de capitán (1913), estuvo con licencia de dos años. Luego, durante cuatro (1920-24), fue gerente de la Cooperativa Militar. A pesar de su inexperience comercial, sancionó las finanzas de la institución, que recibió casi un quinquenio.

En 1925 el Estado Mayor, sometió a la Cancillería una lista de cuatro personas que, como Cónsul, podían informar sobre materias militares. Olegario Lazo encabezó la lista y durante siete años ocupó cargos consulares en Francia, Inglaterra y España. Durante ese período estuvo dedicado "con cuerpo y alma" a su labor diplomática. No hubo tiempo para escribir. En 1932 regresó a Chile.

Mientras tanto, iban naciendo sus hijos Renato (Mayor de Caballería y Jefe de Publicaciones del Estado Mayor), Hugo (escritor), Jaime, escritor (funcionario del Ministerio de Relaciones), y Julia, la única mujer "casada con Agustín Bianchi, Ministro de la Corte Marcial". En la generación siguiente predominan las mujeres. Hay un solo hombre entre ocho nietos.

Es una familia muy unida, pero en materia de ortografía no hay acuerdo. Don Olegario es Lazo con Z. Los demás con S. Y el primer Lazo o Lazo en llegar a Chile (1870) fue Lorenzo Lazo de la Vega. Con dos S.

Escritor y Padre

Los antecedentes literarios fueron pocos en la formación de Olegario Lazo:

—En el Instituto Nacional a veces me escondí a leer algo; generalmente cosas de Verne. En la Escuela Militar no había tiempo para leer. Apenas para estudiar las lecciones. En el ejército, aún menos. Había que saborear los reglamentos poco menos que de memoria. Sólo con el de equitación bastaba.

En el Instituto, sin embargo, escribió un cuento. Hablaba chocantes y un poco ridículas las nazas en el campo que contaban sus com-

pañeros al regresar de vacaciones. Escribió un relato, un tanto humorístico, sobre ese tema.

Una vez iniciada su carrera literaria, recuperó el tiempo perdido, leyendo intensivamente.

—A los franceses, encabezados por Maupassant, a quien considero mi maestro. A los rusos como Chejov, Dostoyevski, tantos otros. A españoles como Baroja. Leía en primer lugar para satisfacer mi curiosidad y darme un gusto. En seguida, para ver modo de aprovechar algo de cualquier libro que se aprende. Hasta en los malos. Uno ve lo que debe tratar de evitar.

Nunca —dice— estoy contento a satisfacción con lo que yo mismo escribo.

Una buena prueba de ese espíritu autocrítico es la novela inédita "Amores y Mientes Grises" basada en el ambiente del Hosieta, que data de más o menos 1935.

—La encontré muy mala y no me atreví a publicarla.

Estimuló la inquietud literaria de sus hijos desde que eran pequeños. No les daba merced. Tenían que ganársela con cuentos. La cantidad dependía de la calidad, pero aun los cuentos más malos recibían un pequeño premio en dinero. No había que desanimarlos.

El sistema funcionaba muy bien y sólo estuvo en peligro de zombiar una vez cuando Jaime Lazo, a los 10 años, llegó con lo que recuerda como "su producción de cuento", a la casa, una docena de cuentos. Don Olegario afirmó el compromiso. No le salió muy caro, porque la producción en serie está refuila con la literatura.

También desarrolló el espíritu crítico en sus hijos. Por separado les leía sus cuentos, pidiendo opiniones que luego tomaba muy en serio. No permitía que simplemente le dijeran: "Me gusta". Exigía que le explicaran el porqué.

Dice:

—Yo tengo la culpa de haber envenado a toda esta gente. Tanto su esposa como los hijos varones tienen obras a su haber y otras en preparación. Con ellas le toró a don Olegario el oficio de crítico. "En esta casa —dice su esposa— después de que escribimos algo en los medios todos los hijos abandonan el lápiz. Es muy obvio y constructivo para opinar. Busca la perfección hasta donde sea posible y la busca con tenacidad. Por eso se destacó en cuanto actividad emprendedora. Se alegra del éxito que no le quita en un escritor es milagroso."

Tuvo oportunidad de dar prueba de esa generosidad hace pocos meses. Su nombre sonó mucho para el Premio Nacional de Literatura y hasta se alcanzó a hacer una nequísima ilusión de que lo recibiría. Cuando oyó por radio que se había otorgado a Marta Prunet, dijo:

Me alegra de que se lo hayan dado a la niña.

Y contró contento sin amargura. Tanto su esposa como los hijos varones tienen obras a su haber y otras en preparación. Con ellas le toró a don Olegario el oficio de crítico. "En esta casa —dice su esposa— después de que escribimos algo en los medios todos los hijos abandonan el lápiz. Es muy obvio y constructivo para opinar. Busca la perfección hasta donde sea posible y la busca con tenacidad. Por eso se destacó en cuanto actividad emprendedora. Se alegra del éxito que no le quita en un escritor es milagroso."

Tuvo oportunidad de dar prueba de esa generosidad hace pocos meses. Su nombre sonó mucho para el Premio Nacional de Literatura y hasta se alcanzó a hacer una nequísima ilusión de que lo recibiría. Cuando oyó por radio que se había otorgado a Marta Prunet, dijo:

Me alegra de que se lo hayan dado a la niña.

Y contró contento sin amargura. Tanto su esposa como los hijos varones tienen obras a su haber y otras en preparación. Con ellas le toró a don Olegario el oficio de crítico. "En esta casa —dice su esposa— después de que escribimos algo en los medios todos los hijos abandonan el lápiz. Es muy obvio y constructivo para opinar. Busca la perfección hasta donde sea posible y la busca con tenacidad. Por eso se destacó en cuanto actividad emprendedora. Se alegra del éxito que no le quita en un escritor es milagroso."

El Hombre

Don Olegario seguramente es el hombre más fríamente de Chile. Mientras el sol abraza los horizontes de primavera, se sienta en un sillón, tapa sus piernas con una manta y introduce sus pies en un felpo con dos botellitas de agua caliente.

No abandona su casa desde que supo que agonizaba el mayor Mellá, el último de los 22 jinetes de su primera sección de dragones. Con tra viento y marea insistió en visitar lo en el hospital. Todos los intentos de disuadirlo se estrellaron contra su determinación y cumplió su propósito de darle última a su compañero en la última despedida.

La salida le costó veinte días de cama.

De eso hace unos tres años. También podrían ser cuatro o cinco. Don Olegario sabe poco de fechas, pero para los nombres tiene un memoria que podría producirle envidia a un hombre de veinte años.

Antes media metro 74. Los años acortaron su estatura, pero sube y baja la escalera con agilidad. Usa humita porque "cuesta tanto hacerse el ruido de la corbata" y un gorro. Un bonete negro que llama su "gorro de cuarte" Lee sin anteojos, pero sus cejas se van poniendo "un poco duras".

—Mi viejito, le dice la señora Sara.

—Mi viejito, le dice él a ella.

—Viejito le dicen los hijos. Pero todos le tratan de "usted".

Tiene un sentido del humor suave y sin acritud muchas veces a expensas de sí mismo.

—Vea cómo me defienden. Estoy por creer que me quieren.

—Creo que todavía no me miran como escritor. Como viejo no más. Dice:

—La vida para mí es un don del Creador que, a pesar de las amarguras que contiene, vale la pena ser vivida.

Le desespera escribir cartas e igualmente se afana y se preocupa cuando no les ha dado respuesta. Suele solucionar el problema enviando un telegrama. El teléfono, aunque no lo admita, es su lenguaje, su medio de comunicación.

En su persona se halla la misma calidad humana y precisión que en sus cuentos. Es sencillo, modesto, un hombre bendito. Al mismo tiem-

po alterna en el un hombre tranquilo y un ser nervioso y angustiado. Su vitalidad no guarda relación con la edad.

Sus hijos se emocionan al recordar que, cuando eran pequeños y los reprendía injustamente o cometía una equivocación, los pedía disculpas.

Su esposa dice:

—Me siento protegida y segura al lado de él. Siempre pienso que toda mujer debe admirar a su marido.

A pesar de sus años y su aching, don Olegario no ha perdido la capacidad de preocuparse por los demás. Difiere de la mayoría de los ancianos en que no vive a los otros le rodean que viven pendientes de su persona. Habla en forma más bien lenta. Cuando se alarga sobre algún punto, es en busca de la precisión.

Cuando está tranquilo se siente bien de salud y no hace frío, parece hombre feliz y sin problemas.

Otros días no le va tan bien. Se asoman estados de angustia que no puede explicar ni controlar.

—Por ejemplo, cuando se me ocurre que un amigo está sentido con mí o que ha herido a alguien. Muchas veces me preocupo sin motivo, pero no me quedo tranquilo hasta que voy a la persona o le escribo.

Es el temor de haber ofendido a herido se forma obsesión, idea fija. Su esposa trata de echar el asunto a la brevedad para quitarle importancia. Cuando está tranquilo se siente bien de salud y no hace frío, parece hombre feliz y sin problemas.

Otros días no le va tan bien. Se asoman estados de angustia que no puede explicar ni controlar.

—Por ejemplo, cuando se me ocurre que un amigo está sentido con mí o que ha herido a alguien. Muchas veces me preocupo sin motivo, pero no me quedo tranquilo hasta que voy a la persona o le escribo.

Es el temor de haber ofendido a herido se forma obsesión, idea fija. Su esposa trata de echar el asunto a la brevedad para quitarle importancia. Cuando está tranquilo se siente bien de salud y no hace frío, parece hombre feliz y sin problemas.

Cuando el padre de don Olegario falleció a la edad de 68 años, él le pareció una edad muy avanzada. Ahora él mismo entró los 83.

—Vivo al día pero espero tener la suerte de llegar al 86 de payso próximo a cumplir los cincuenta años de casado con mi viejita. No es que me sienta como para morir, pero a mi edad nunca se sabe.

Durante estos 49 años y 7 meses de matrimonio ha observado cada día una flor a su esposa. Cuando estaba enfermo, la hacía buscar. Jamás se le tornó rutina.

Más de quince mil días y más de quince mil flores.

Un jardín de ternura.

